

**Pimera Jornada de Lectura de Ensayos de los Docentes del Programa de Psicología-Funlam**

**El deseo del saber y el saber del deseo**

**Sobre el papel del deseo en los procesos de enseñanza-aprendizaje**

"Estamos hechos del mismo material que nuestros sueños" (Shakespeare). Este bello y lúcido aforismo que el poeta enunció en los albores del siglo XVII es uno de los fundamentos de la psicología contemporánea.

Y, ¿de qué material están hechos nuestros sueños?. La humanidad hubo de esperar tres siglos, después de Shakespeare, para que esta pregunta tuviera una respuesta científica. En el alba del siglo XX Freud la formula: "nuestros sueños están hechos de deseos".

Entonces, si leemos a Shakespeare con Freud, podemos decir que los seres humanos no somos seres de carne y hueso, sino que tenemos la materialidad de nuestros deseos. Somos sujetos de deseos. Esto lo constatamos los docentes cada día en las aulas de clase: un estudiante con unas condiciones materiales e intelectuales extraordinarias -con toda su carne y todos sus huesos-, que no tiene un deseo consistente puesto en su proceso de formación, difícilmente logra los objetivos propuestos, a pesar del esfuerzo de sus docentes y de la pertinencia de sus metodologías; Y, todos conocemos estudiantes casi sin carne y sin huesos, es decir, con grandes limitaciones, pero habitados por un deseo potente, que llegan a ser profesionales idóneos e íntegros, a veces aún a pesar de sus docentes y de sus metodologías.

También podemos decir que el ser humano no es fundamentalmente un "Homo Sapiens". La relación con el saber no es lo que mejor definiría la condición humana. El deseo de saber no es una disposición "natural" de los seres humanos, no es un deseo elemental irreductible a otros. El deseo humano puede llegar a articularse como un deseo de saber, pero puede no llegar a articularse como tal; incluso puede ocurrir todo lo contrario. En el mito de la caverna, Platón nos confronta con la pasión humana por la ignorancia. Así que el "*cogito ergo sum*" cartesiano (pienso, luego soy) hemos de transformarlo en "*cupio ergo sum*" ("deseo, luego soy").

Esto nos pone de frente a la pregunta por el papel que juega el deseo en el proceso enseñanza-aprendizaje. ¿Cómo se origina en un ser el deseo por una profesión o por un campo del saber? ¿este deseo se mantiene invariable en el proceso de formación? ¿Es susceptible de ser afectado en los vínculos que se establecen en el mundo académico?. Para responder a estas preguntas es menester definir lo que entendemos por deseo. Hegel propone una definición del deseo que va a ser muy operativa para la psicología, dice: "**El deseo del hombre es el deseo del otro**". Y, en la "Fenomenología del espíritu", ofrece algunas acepciones para esta proposición:

1. Desear al "otro" (amarlo en el sentido amplio de la palabra).
2. Desear ser deseado por el "otro" (deseo de reconocimiento)
3. Desear lo que el "otro" desea (identificarse con él).

En una palabra, el deseo -cualquier deseo- implica siempre a la relación con el "otro". El deseo es, por tanto, un fenómeno social por excelencia. No hay deseo sin "otro". El deseo se materializa en el vínculo.

El "Otro", con mayúscula en su dimensión más global, es el lenguaje, que es el hábitat "natural" de los seres humanos; otra dimensión del "otro" son las huellas que quedan en la memoria de cada sujeto, producto de la historia de los vínculos con los seres significativos; se trata en este caso de otro interiorizado, que algunos llaman alter-ego (otro yo), al que se le pueden dar muchos nombres según el caso (fantasma, superyó, inconsciente). El "otro" puede tener una dimensión virtual, como se puede constatar en la educación a distancia; y, finalmente, en la educación presencial y semipresencial, el "otro" está representado por la institución educativa, la comunidad académica, los demás estudiantes y, fundamentalmente, los docentes.

El deseo de saber es una de las formas que puede tomar el deseo del "otro". La pregunta que se desprende de esto es evidente: ¿bajo que circunstancias ocurre que el "deseo del otro" tome la forma del "deseo de saber"? Para responder a esta pregunta vamos a circunscribirnos una sola de las versiones del "otro" en el proceso enseñanza-aprendizaje: el docente.

Lo dicho en el párrafo anterior ya tiene implicaciones importantes en lo que al docente se refiere: una condición sine qua non para ser docente es ser deseable. ser amable en el sentido amplio de la palabra, digámoslo "neologismando" (sin ruborizarnos): *querible*. La milenaria sentencia según la cual "*la letra con sangre entra*" tuvo una indudable vigencia

Por: [Jaime Alberto Carmona](#)

Director del Programa de Psicología de la FUNLAM



David Manzur

Serenata celestial

(De la colección de grabados el beso de Dios)

1988

Grabado en metal, aguafuerte sobre papel

40 x 30 cm

registro AP1495

en la época de la esclavitud y sigue teniendo aplicación en la zootecnia, pero no es congruente con lo que la psicología moderna descubrió respecto del deseo, salvo en aquellos neuróticos que aman a sus verdugos.

Un docente está en la mejor posición para realizar su tarea si él mismo es objeto de admiración como ser, por parte de sus estudiantes; y, por el contrario, si no suscita el deseo de sus estudiantes, está en una posición problemática para la tarea educativa. Si trata de suplir esta carencia apelando a la coacción de la nota, a la intimidación y a los castigos, podrá producir efectos a corto plazo, pero en el largo plazo el desprecio que suscita hacia él, en sus alumnos, se desplazará por efecto metonímico hacia el campo del saber pretende transmitir.

El deseo del estudiante **es el deseo del otro** representado por el docente. Esta fórmula la podemos desdoblar de acuerdo con las tres acepciones que nos ofrece Hegel. Ya mencionamos la primera (desear al otro): para que el docente cumpla su tarea ha de poder colocarse en el lugar de objeto de deseo para el estudiante. Por ello la metáfora de la relación del estudiante con el maestro es la de Alcibiades con Sócrates. Gracias al mismo efecto metonímico que mencionamos en el párrafo anterior, el deseo hacia el "otro", al que se le supone un saber, se desplaza luego hacia ese saber. En la base de la elección profesional suele hallarse secretamente una elección amorosa.

La segunda acepción mencionada se refiere al deseo del otro como deseo de ser deseado por ese otro (deseo de reconocimiento). Es el deseo de hacerse a un lugar significativo en el otro, un lugar que no sea anónimo, es decir un lugar con nombre propio; en últimas, un lugar diferenciado de los otros, que tenga en cuenta la particularidad del sujeto. Este deseo de reconocimiento del estudiante, dirigido hacia el docente, si lo entendemos correctamente (sin confundirlo con el exhibicionismo narcisista), es uno de los motores más potentes del proceso enseñanza-aprendizaje y es uno de los principales resortes de la creatividad. El deseo de reconocimiento como una necesidad del ser, se puede materializar en un hacer digno de dicho reconocimiento. En este sentido es importante que haya en el docente la disposición para valorar a cada estudiante en su particularidad.

La tercera acepción de la fórmula: **el deseo es el deseo del otro** se refiere a la identificación: desear lo que el otro desea. Esta es quizá la más importante de las tres. Gracias al lugar que puede llegar a ocupar el docente en la transferencia amorosa del estudiante, tiene la posibilidad de transmitirle su propio deseo por la profesión o el campo del saber del que se ocupa. En virtud de la identificación con el docente, un estudiante puede llegar a desear un saber que no deseaba, a fortalecer su deseo por él, si ya lo tenía; o, por el contrario, odiar –aun sin fundamento- un saber o un oficio, merced a estos mismos procesos identificatorios.

Lo más importante que un docente puede transmitir a un estudiante no es su saber, sino su deseo por ese saber. Pero, solo puede transmitir un deseo por un saber aquél que lo desea; y, por definición, solo puede desear un saber aquél que no lo tiene. El docente que supone que ya sabe lo que tiene que saber y no tiene un auténtico espíritu de investigador permanente en su respectivo campo, está imposibilitado para transmitir un deseo sobre ese campo; aunque conozca de memoria su curso, se sirva de metodologías pertinentes y tenga una buena relación con los estudiantes. Y en esto es imposible sostener la impostura. Los estudiantes poseen una agudeza especial para sondear el deseo de sus profesores. Un docente que no mantenga vivo su deseo de saber por su respectivo campo podrá transmitir información, pero no podrá comunicar pasión.

Hay docentes muy eruditos cuya relación con el saber no pasa por el deseo sino por el goce de la ostentación y la intimidación. Estos pueden deslumbrar a sus estudiantes, incluso abrumarlos con sus bombardeos de citas y sus acrobacias sofísticas, pero están imposibilitados para transmitir un auténtico deseo de saber; si no lo tienen. A lo sumo pueden llegar a transmitir un deseo de poder.

Nuevamente el paradigma del maestro lo encontramos en Sócrates. Su memorable sentencia "sólo sé que nada sé" define la posición deseable de un verdadero docente, que ha de ser la de un filósofo, tomando esta palabra en su etimología: alguien que desea el saber, justamente por que no pretende tenerlo. Hay que decir, de paso, que solamente el docente que se sitúa en esta posición puede destituirse del lugar del amo del saber y constituir una auténtica relación horizontal de quien está en su propia búsqueda en el mundo del saber y desde allí acompaña y asesora al estudiante en la búsqueda de él. En este caso la horizontalidad no tiene que ver con una simetría de los saberes de ambos, que sería inquietante, sino con la posición subjetiva respecto del saber: ambos están en falta, por ello desean el saber y lo buscan. Acaso sea ésta la dirección de la proposición de Heidegger, quien dice que la tarea de un docente no es enseñar sino "dejar aprender". Es decir permitir que el estudiante despliegue su deseo de saber y retroalimentarlo desde la propia búsqueda del docente.

Nietzsche dice en la *Intempestiva sobre Schopenhauer Educador*: "uno no enseña con lo que sabe sino con lo que es". Es decir que el ser del docente y, por supuesto, su hacer, son más importantes en el proceso de enseñanza- aprendizaje, que su saber mismo.

En una palabra, lo que la psicología social ha descubierto es que el resorte del deseo de saber se llama transferencia y ésta no es otra cosa que el amor en su sentido más amplio.

Una visión de la educación que cuente con el deseo, ha de poner el acento en la calidad y en la cualidad de los vínculos de los integrantes de la comunidad educativa y en la posición de los docentes frente al saber y frente a los estudiantes, mucho más que en los diseños curriculares y las innovaciones metodológicas. Es decir, privilegiar el ser y el hacer

antes que el saber.

Asimismo, en los procesos de evaluación del estudiante, serán más importantes aquellos indicadores o analizadores relacionados con dimensión desiderativa (relativa al deseo), que los relacionados con la aprehensión y aplicación de conceptos y las diversas competencias que debe desarrollar el profesional en formación. Pero lo más importante, sin duda, es que cada evaluación de los estudiantes es un ejercicio proyectivo que dice mucho más del docente y del espíritu de la comunidad académica que de los estudiantes mismos.

---

[INICIO](#) | [PRESENTACIÓN](#) | [EVENTOS](#) | [SITIOS RECOMENDADOS](#) | [STAFF](#) | [CONTÁCTENOS](#) | [CORREO](#) | [FUNLAM](#)

© 2000 - 2001